

Las coordinadoras de masas

Diez años de trincheras

Luis Hernández*

La gran mayoría de las coordinadoras de masas han cumplido ya diez años de existencia. Nacidas con la década, sus proyectos iniciales han tenido que experimentar la prueba de la práctica. Sus hechos, más allá de las intenciones iniciales de sus promotores, hablan por ellas. Actores fundamentales del actual mapa político-social del país, su protagonismo continúa incidiendo profundamente en la coyuntura. ¿Qué balance puede hacerse de su actuación? ¿Cuál es el resultado de su quehacer? ¿Cuál es su papel en el nuevo sistema político que se está gestando a raíz de la crisis del partido de Estado?

De referencias ideológicas y demás pasturas

La década de los setenta fue escenario de una fuerte reactivación de los movimientos populares. Coincidió allí miles de activistas provenientes del movimiento estudiantil de 1968 con sectores sociales que rompieron el control corporativo del Estado en los pliegues del sistema. Los primeros marcharon a fundirse con el pueblo con una agenda bien precisa que tenía como elemento central la generación de una fuerza social revolucionaria y una experiencia militante que hacía de la movilización de masas y la democracia asamblearia de los elementos fundamentales de la acción política. Los segundos, formados básicamente por campesinos pobres, trabajadores de los servicios y de la pequeña y mediana industria, vendedores ambulantes y pobladores urbanos depauperados, buscaban fundamentalmente, la solución de necesidades básicas a través de canales organizativos di-

ferentes a los acuerpamientos pertenecientes al partido de Estado.

La pastura ideológica que alimentó a esos modernos "narodnikis" era diversa. Sus referencias teóricas internacionales tenían puntos de contacto con la revolución cubana como con la visión francesa de la revolución cultural china. Sus referentes teóricos nacionales eran en mucha herencia de las elaboraciones de José Revueltas, del que se tomaba, consciente o inconscientemente, una crítica profunda a la ideología de la Revolución Mexicana, la ausencia de independencia orgánica e ideológica del proletariado mexicano, y la inexistencia histórica de su partido. Por el contrario, la herencia ideológica de los sectores populares estaba fuertemente identificada con la Revolución Mexicana, particularmente con el cardenismo y el zapatismo, o con referencias de luchas locales o sectoriales precisas: el vallejismo entre los ferrocarrileros, la lucha del Cerro del Mercado entre los duranguenses, y el jaramillismo en Mérida.

De la fusión de estos dos sectores sociales nacieron una multitud de nuevas

organizaciones sociales a lo largo y ancho del país. Los puntos de entrada eran diversos e iban, desde el activismo directo, hasta los intentos por reconstituir organizaciones regionales ya existentes con cierta tradición de lucha (la UGOCM, por ejemplo), pasando por el trabajo de organización a partir de instituciones de fomento estatal o por equipos de trabajo religioso. En todos los casos, independientemente de su punto de partida o de su pretendido destino final, estas organizaciones fueron construidas a partir de dos elementos comunes: la lucha por resolver los problemas más sentidos de sus miembros, y la práctica de formas elementales de democracia directa: nombramiento de representantes, revocables en todo momento; decisiones colectivas tomadas en asambleas; acciones de masas acompañadas por la negociación como vía para solucionar sus peticiones, etcétera.

Poco a poco, estas organizaciones se fueron convirtiendo en focos de poder real en varias regiones del país. Constituidas en muchas ocasiones al margen de referencias legales, su fuerza de

* Asesor educativo del INAH.

masas, su capacidad de movilización y convocatoria, su posibilidad de canalizar la solución de problemas no atendidos por el Estado, su permanencia, fueron factores que les permitieron abrir canales de negociación con el poder. Sus dirigentes, tarde o temprano, aprendieron a sacar jugo de las contradicciones entre los poderosos y cuidaron de enfrentarlos a todos al mismo tiempo so pena de sufrir fuertes golpes. Finalmente, estas organizaciones terminaron convirtiéndose en realidades que no podían ser ignoradas. Así, en varias regiones del país, se consolidaron manchones sociales de desarraigados rurales o de campesinos en combate por la tierra y por la conservación de sus tradiciones, o núcleos de resistencia obrera en algunos sindicatos.

Detrás de estas experiencias estaba presente una concepción de la política. A grandes rasgos, ésta partía de una estrategia de construcción de núcleos de poder popular capaces de, con el paso

del tiempo, cercar la fortaleza del Estado; de un enorme desprecio por la democracia representativa y la participación electoral; de una gran subestimación de los intelectuales; del culto a la moral "proletaria" como un elemento fundamental de deslinde con el enemigo; del papel protagónico de las organizaciones sociales en el quehacer político y el rechazo a cualquier otra intermediación que no naciera y estuviera controlada por ellas; de la sectorialización de la lucha como terreno privilegiado para acumular fuerzas; de la subestimación al trabajo de forma pública; de la incompreensión por la lucha ciudadana.

Fue así como, a pesar de su funcionamiento interno, de su protagonismo social, del reconocimiento de facto que los gobernantes les tenían, estas organizaciones acabaron estableciéndose como guetos o pequeños enclaves. En un difícil proceso en el que su ideología pobrista contó tanto como las campañas

de satanización en su contra, estos agrupamientos quedaron aislados de otros sectores sociales. Estas pequeñas islas de democracia plebeya fueron vistas por los otros como tierra de bárbaros y salvajes, guaridas de maleantes, centros de desorden. Irónicamente, a su interior privaba una ferrea disciplina sustentada en fuertes consideraciones morales. Dos lógicas crecieron diferenciadas y en confrontación: para los de afuera, más allá de la curiosidad y el misterio, los de adentro eran los nuevos bárbaros; por el contrario, para los de adentro, nadie de afuera tenía salvación.

En buena parte, de estas concepciones y de estas organizaciones, nacerían las coordinadoras de masas.

El difícil camino de la unidad

Irónicamente, los primeros intentos por construir un polo de acuerpamiento popular con incidencia nacional no vinieron de estas organizaciones si no de

Pasa a la página 42



Francisco Mata

Viene de la página 35

un desprendimiento social encuadrado ideológicamente en el marco de la Revolución Mexicana: los electricistas democráticos.

Una primera iniciativa fue esbozada en los comienzos de los setentas cuando una decisión gubernamental acabó con el Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (STERM) para asimilarlo en las filas de un sindicato oficialista. El STERM lanzó entonces la propuesta de formar la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) a la que se sumaron tanto el FAT como el resurgiente vallejismo, y que abortó cuando los electricistas democráticos acabaron negociando su sobrevivencia al seno del sindicato oficial. Poco tiempo después (1975), el hostigamiento en su contra se recrudeció y las fuerzas oficialistas se lanzaron a aniquilar esta expresión dentro del sindicato. Nació entonces la Tendencia Democrática (TD) de los electricistas y la propuesta de acuerpar a la naciente insurgencia obrero, campesino, popular en un gran frente: el Frente Nacional de Acción Popular. En

su origen el proyecto pretendía reeditar la experiencia de la formación del Comité Nacional de Defensa Proletario (CNDP) en tiempos de Lázaro Cárdenas. El FNAP fue organizado alrededor de la columna vertebral de la TD y de su programa de lucha: la Declaración de Guadalajara. En ella se proponían una serie de reformas para relanzar la revolución mexicana encabezada por la fracción progresista del gobierno. El FNAP y sus principales impulsores fueron finalmente aplastados. Más allá de su programa, su lucha mostraba el enorme protagonismo político de las organizaciones sociales en el país.

Simultáneamente a la experiencia del FNAP, una serie de fuerzas que después participarían activamente en la formación de las coordinadoras, ensayaron un intento de acuerpamiento paralelo de organización, para, en parte, diferenciarse del proyecto de la TD. Estas fuerzas estaban organizadas básicamente como Frentes Populares regionales (Frente Popular Tierra y Libertad en Monterrey, Frente Popular de Zacate-

cas, Frente Popular Independiente en el DF, COCEI en Oaxaca) y buscaban articular un gran frente popular nacional. Finalmente, el proyecto desapareció sin pena ni gloria, ante las dificultades de encontrar un eje de sustentación social efectivo.

La derrota del FNAP suscitó una profunda discusión dentro del movimiento sindical sobre el camino a seguir para lograr el acuerpamiento popular. Por un lado, impulsado básicamente por los universitarios, se aglutinó al sector en la perspectiva de un sindicato nacional y la posibilidad de ingresar al oficialista Congreso del Trabajo (CT). Por otro lado, protagonizado por corrientes sindicales más o menos radicales, se impulsó la formación de coordinadoras democráticas o clasistas, que rechazaban beligerantemente la relación con el CT. En el camino, algunas corrientes como Línea Proletaria lograron acuerpar una coordinadora con las principales secciones del sindicato minero para ensayar desde allí —infructuosamente— la toma nacional del sindicato.

Para amplios sectores del movimiento popular estas experiencias fueron asimiladas bajo un rechazo a los intentos de acuerpamiento a partir de grandes programas de lucha y de aparatos centralizadores. La idea de que la unidad política sólo es posible a partir de la unidad orgánica, y de que existe una dirección del movimiento social preexistente —que es, simultáneamente, la responsable de la centralización— en la medida en la que ha elaborado el camino de la lucha materializado en un programa, se van a pique.

El parto de los montes

Aunque los caminos que llevaron a la formación de las coordinadoras (Coordinadora Nacional Plan de Ayala, CNPA; Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, CNTE; Coordinadora del Movimiento Urbano Popular, CONAMUP; y posteriormente Unión Nacional de Organizaciones Campesinas Autónomas, UNORCA); fueron diferentes, son muchos los elementos que les son comunes.

Las coordinadoras de masas nacen de acuerpamientos regionales preexis-





Yuri Valecillo

tentes que desarrollan su actividad en una determinada localidad, frecuentemente sin ninguna cobertura nacional. La vinculación nacional surge así como una necesidad sentida a partir de la convicción de que las meras fuerzas propias son insuficientes para modificar la política estatal caracterizada en parte por la intolerancia y el cerco. Surgen precedidas de un proceso de unificación de la izquierda en distintos polos; la Coalición de Izquierda—posteriormente PSUM—, la Coordinadora Línea de Masas (CLM), la Coordinadora Revolucionaria Nacional (CRN), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la Coordinadora Nacional de Luchas Populares, etc... Se estructuran después de la derrota del movimiento guerrillero y de la revaloración de la lucha de masas. Se crean después de que la mayoría de estas fuerzas ensayó formas de coordinación amplias dentro del Frente Nacional Contra la Represión (FNCR). Nacen en el con-

texto de la Reforma Política de Reyes Heróles, en la que se concedió la posibilidad de participar electoralmente con un registro propio al Partido Comunista Mexicano.

El acuerpamiento de las distintas corrientes de izquierda permitió ensayar mecanismos de colaboración o discusión en el seno del movimiento de masas, que, si bien fueron iniciados en la lucha de la TD, pudieron desarrollarse más ampliamente a partir de ese momento. La participación de la mayoría de estas fuerzas en el FNCR les permitió aprender a actuar juntos en algunas iniciativas a pesar de sus diferencias. La derrota del movimiento guerrillero y la autocrítica de muchos de sus actores los lanzó de lleno a la lucha de masas y a la revaloración de las organizaciones sociales. El registro del PCM hizo temer a otras franjas de la izquierda la posibilidad de su aislamiento y de la represión y los llevó a considerar la posibilidad de construir instrumentos de lucha no par-

tidarios que revirtieran estas posibilidades.

Así las cosas, el nacimiento de la CNTE, la CNPA y la CONAMUP se da como resultado de un ascenso en la lucha reivindicativa y de la convergencia y pacto de diversas corrientes políticas. Su formación y su futuro desarrollo evidenciarían tanto la erosión de los mecanismos corporativos tradicionales como la dificultad para aplicar reformas sociales por parte de la burocracia política.

Simultáneamente dos hechos internacionales impactaron de muy diversas maneras aunque profundamente a las direcciones de estas nacientes plataformas. Uno fue la revolución centroamericana, con el triunfo del sandinismo y la formación del FMLN y las Coordinadoras Revolucionarias de Masas; el otro, fue el surgimiento de Solidaridad en Polonia. Ambos acontecimientos alimentaron las fantasías de los equipos dirigentes y les proporcionaron modelos para su propia experiencia.

Las coordinadoras de masas recibieron su bautizo en las calles. Rápidamente sus acciones comenzaron a llenar las páginas de la prensa nacional. Organizativamente asumieron la forma de red: sus contingentes mantuvieron su autonomía, y se negaron a nombrar direcciones permanentes. La unidad se trabó en la acción en torno a las demandas comunes. En sentido estricto no elaboraron grandes programas de lucha sino que se estructuraron alrededor de pliegos petitorios donde se materializaban reivindicaciones inmediatas. Evitaron formar grandes aparatos. Los partidos y las corrientes políticas fueron excluidos de su interior y sus miembros debieron de participar en cuanto representantes nombrados por una organización social. En sentido estricto, las coordinadoras no tienen un programa socialista, aunque muchos de sus dirigentes se sientan parte de esta corriente y piensen que la lucha reivindicativa que desarrollan tiene un puente más o menos natural con el socialismo, a partir de la acción de masas, la democracia asamblearia y la confrontación con el Estado.

Entre 1979 y 1982 —años del boom petrolero— las coordinadoras desplegaron una incesante actividad. Encuentros, movilizaciones, plantones, intercambios de experiencias fueron cosas de a diario. El estallido de la crisis y la nacionalización de la banca, revierten, sin embargo esta tendencia.

En sentido estricto —y a excepción de la CNTE— las coordinadoras no pudieron organizar el descontento popular. Ciertamente incorporaron a sectores ya organizados o en proceso de organización, pero no generaron organizaciones nuevas. Dieron un polo de referencia a organizaciones nacientes —algunas de ellas formadas a partir de las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs)— pero tuvieron muchos problemas para aglutinar a organizaciones locales —no regionales— para las que un organismo nacional de coordinación era tan necesario como inaccesible.

Asimismo, las coordinadoras fueron incapaces de estructurar, alentar o incorporar a su interior a sectores de la población interesados en protagonizar luchas cívicas o ciudadanas. Todo aquello que no estuviera organizado gremial-



Francisco Mata

mente parecía no contar en el mapa de las fuerzas político-sociales.

Las iniciativas más audaces por organizar el descontento de la población materializadas en el FNDSCAC y la ANOCP y la realización de dos paros cívicos nacionales terminaron en un fracaso relativo: se movilizaron los mismos de siempre, aunque, eso sí, todos juntos por primera vez.

Irónicamente, la crisis económica abonó el terreno para una crisis del movimiento popular. Si, en la lógica de muchas de las direcciones del movimiento popular la crisis era el terreno nato para su expansión y un incremento en su protagonismo, los hechos mostraron lo contrario. La lucha reivindicativa sufrió un reflujo profundo —desigual en cada región del país y en cada sector social— y las coordinadoras quedaron reducidas a una trinchera defensiva; sus ilusiones de convertirse en la punta de

lanza del movimiento popular se esfumaron. Ello fue resultado de factores objetivos (mayor represión estatal, cercos en su contra, búsqueda individual, etc...), pero también fue producto de su propia visión: desarrollo sectorial y gremial de la lucha; proyección de una imagen claramente clasista de su proyecto de lucha dejando de lado los intentos por ganar a la lucha a organizaciones pertenecientes a una "zona gris" —no muy claramente autónomas o independientes; discurso contestatario y radical; sobrevaloración de las posibilidades de la movilización entendida exclusivamente como marchas, mítines o plantones; intolerancia hacia las corrientes organizadas sobre la base de plataformas político-económicas; incapacidad para articular nuevas demandas a las ya tradicionales; etc...

Los efectos de esta concepción política se hicieron sentir tanto en los des-



fue en torno a dos coyunturas: la movi-
lización popular en la ciudad de México
producto de los sismos de 1985, y la in-
surrección electoral de 1988.

En el primer caso, las fuerzas de la
CONAMUP en el Distrito Federal con-
centradas fundamentalmente en la pe-
riferia de la ciudad –sobre todo en el
oriente– no pudieron hacer frente a las
tareas de organización surgidas del mo-
vimiento de los damnificados. En los he-
chos, fueron otras fuerzas las que or-
ganizaron a este sector, generando un
polo de organización alternativo –la Co-
ordinadora Unica de Damnificados–.
Más adelante, la Asamblea de Barrios

–una fuerza nacida de la misma CUD–
mostraría como era posible construir
fuerzas urbanas sobre la base de un
esquema sindical, politizando el movi-
miento más allá de sus reivindicacio-
nes inmediatas, utilizando líneas exte-
riores –prensa, publicidad, etc...– pro-
fusamente, y construyendo una identi-
dad en mucho a partir de un héroe ur-
bano: Superbarrio. Sin pretender decir
que la CUD y la Asamblea de Barrios
no están exentas de limitaciones –de he-
cho la primera casi no existe ya–, ellas
mostraron como si se trataban adecua-
damente las limitaciones de la política
tradicional de la CONAMUP era facti-
ble construir fuerzas sociales.



garramientos y rupturas internas, como
en el desarrollo de un importante movi-
miento social por afuera de las coordi-
nadoras. De la CNPA salieron en distin-
tos momentos fuerzas como la UCEZ –
la organización regional numéricamente
más importante dentro de la CNPA– o
la CCRI y la OPA, dirigidas por el PRT;
despreciando la lucha por la propiación
del proceso productivo en el campo, la
CNPA se mantuvo al margen de la lucha
de las organizaciones de productores.
Un importante sector de maestros des-
contentos con la política de Vanguardia
Revolucionaria evitó acercarse a la
CNTE. Diversas iniciativas de organi-
zación urbana comenzaron a procesarse
al margen de la CONAMUP.

Los huecos

Donde con mayor claridad se evidencia-
ron las limitaciones de estos proyectos



Yuri Valecillo

La insurgencia electoral de 1988 tomó por sorpresa a estas fuerzas. Ciertamente, algunos de sus destacamentos habían transitado ya a la participación electoral con resultados diversos. Sin embargo, no era ese el caso de la mayoría de sus integrantes, que veían en la lucha electoral un espacio del enemigo y un elemento de distracción. Cuando finalmente, algunos sectores de las coordinadoras reaccionaron, era ya muy tarde. La ola había barrido con todo mundo, y sus dirigentes quedaron reducidos al papel de meros espectadores. De hecho básicamente concentraron su actividad en la denuncia contra el fraude, incorporándose a ella a contracorriente de los tiempos de movilización nacional.

Con muchas dificultades una de las organizaciones del MUP en el Dis-

trito Federal decidió participar electoralmente aliándose al PMS. Su candidato obtuvo la votación más alta de este partido en un distrito electoral. Sin embargo, la experiencia dejó poca huella. El balance que esta organización realizó de su actividad ese año prácticamente no mencionaba la cuestión electoral o el de la democracia en el Distrito Federal, y mencionaba como sus principales ejes de acción la lucha por tortibonos, la vivienda y las mujeres.

¿Hacia las cavernas?

Las coordinadoras de masas nacieron con virtudes innegables, superando limitaciones ancestrales de la vieja izquierda. Hoy, muchas de esas virtudes se han convertido en limitaciones. En

un momento en el que el eje central de la lucha política y social es la desmantelar el régimen de partido de Estado y abrir el país a las puertas de una democracia sustantiva, abstenerse de la participación política no puede llevar sino a practicar el gremialismo más estrecho. En una etapa en la que los ciudadanos buscan opciones de participación como tales, aferrarse a un esquema organizativo exclusivamente sectorial conduce a meterse en una camisa de fuerza. En un periodo en el que se abren espacios de arriba, negarse a ocuparlos, lleva al aislamiento.

La crisis de las coordinadoras tiene que ver, irónicamente, con una de sus principales virtudes. Las coordinadoras mostraron que las organizaciones sociales podían hacer política, y que este espacio no estaba reservado a los partidos. Las coordinadoras, a diez años de su formación, se niegan a hacer política de otra forma reivindicando los espacios ciudadanos y la democracia en el conjunto de la sociedad; con ello se niegan a ser parte activa de una nueva hegemonía y se condenan a permanecer en los límites del economicismo radical y el gremialismo estrecho. Las coordinadoras nacieron reivindicando una nueva interlocución social; hoy, cuando su lucha ha abierto grietas y sectores del Estado estaban dispuestos a reconocer esos nuevos liderazgos —al menos parcialmente—, parte de sus núcleos dirigentes se niegan a ocupar esos espacios, y prefieren mantener una interlocución desde las catacumbas a la formalización e institucionalización del trato entre sus organizaciones y los funcionarios públicos.

Para que la enorme fuerza social acumulada en estas organizaciones pueda crecer y mantener su protagonismo más allá de los niveles contestatarios tradicionales, requiere de una enorme convulsión desde su interior. La posibilidad de cambiar de terreno, exigida por las circunstancias desde hacer ya varios años, es reflexionada por algunos de sus sectores dirigentes. Si estos nuevos movimientos sociales siguen siendo nuevos o terminan por convertirse en viejos es algo todavía impreciso. La moneda está en el aire. Los actores dirán de que lado cae.